

Pajaritas de R

«El pino de la calle Larga»

Sebastián García Vázquez es un pintor que pinta sin pinceles también. ¿Cómo? Con la palabra. Sebastián García Vázquez está tan enamorado de su pueblo, que lo lleva muy metido en el alma.

Su pueblo —la Puebla de Guzmán, en la raya de Portugal— es uno de los más pintorescos del Andévalo.

Esos pueblos lejanos de las rutas frecuentadas, han vivido apegados a sus viejas costumbres mucho tiempo. El motor de explosión y la gasolina los fueron acercando al complicado mundo, y ellos, mientras ganaban ciertas comodidades y progresos, iban perdiendo rasgos fisonómicos que los hacían tan interesantes.

Sebastián García Vázquez ha hecho de la palabra un magistral pincel y nos ofrece pintura detallada de la fisonomía moral, del costumbrismo, de ese sello de sencillez simpática y diáfana del pueblo en que nació. Su libro —«El pino de la calle Larga»— es eso nada más y nada menos: un paisaje en el que el panorama costumbrista de Puebla de Guzmán se le ofrece al lector.

En los paisajes pintados entran diversos elementos: árboles, ríos, matas, un cerro, una cabaña... En este gran paisaje de la obra comentada entran también variados componentes: tipos populares, amores, fiestas tradicionales, cuanto constituye e integra este pueblo de Andévalo. Y en conjunto es sólo eso: un paisaje, una visión sencilla y pintoresca de la villa onubense.

El pino que los jóvenes plantan en plena calle el día de San Juan, da título a la obra y es el pretexto para unas descripciones curiosas y agradable de costumbres añejas. El asunto en verdad no es la fiesta del pino. El asunto es la Puebla de Guzmán.

Llenar 165 páginas de apretada lectura sin un conflicto sentimental ni argumento que se desarrolle de un modo continuado, sino con sólo hablar de costumbres y asuntos de la Puebla, es empresa difícil. Y de ella sale airoso el autor de esta obra, que se lee con agrado.

«El pino de la calle Larga» me ha hecho simpática esa Puebla de Guzmán —que sólo vi al pasar—, tan blanca y tan alegre recostada en suave pendiente, y en la que hasta los nombres de las calles tienen un viejo encanto.

Y su autor me ha mostrado que con el mismo garbo y maestría con que pintó aquel lindo paisaje de «La Siega» con que ilustra su obra, ha sabido pintar el alma sencilla y candorosa de su villa natal.

JOSE MONTOTO

Correo de Andalucía 28-10
1963